

Una experiencia más profunda

DÍA 10º: DEJEMOS DE LADO LAS ESPINAS

«Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (Fil. 3: 13-14).

Mi hermano mayor y yo fuimos abandonados por nuestro padre biológico. Como dejó a nuestra madre cuando éramos muy pequeños, nunca lo conocimos. Todo lo que sabíamos de él es que era marinero, alto y guapo, con el pelo intensamente rojo y pecas, y que hablaba con acento sureño. Todos los intentos por localizarle fracasaron, así que nos rendimos. Crecí preguntándome por qué no nos quería, lo cual dejó una cicatriz en mi joven corazón.

Yo era patosa, a menudo me tropezaba con «nada» en el patio del recreo. Se burlaban de mí en la escuela. Tenía el pelo corto y lo llevaba cortado en ángulos rectos alrededor de mi cara pálida. Mis ojos carecían del brillo de felicidad que debía caracterizar a un típico niño o niña de ocho años. Frecuentemente, me llevaba la peor parte de las bromas y las burlas.

Como a menudo jugaba sola, el recreo era la hora que menos me gustaba del día, pero la clase de educación física era incluso peor.

La inseguridad y la baja autoestima me acompañaron durante la adolescencia y la edad adulta. Los hechos de la temprana infancia pueden influir en quiénes llegamos a ser, pero no tenemos por qué quedarnos así. Yo tenía todo el derecho a estar resentida y enfadada; a fin de cuentas, me había rechazado mi padre, no tenía amigos, y la gente se aprovechaba fácilmente de mí porque anhelaba ser aceptada. Cuanto más meditaba en ello, más real me resultaba. Recogí un ramo de espinas. Pero aferrarse a la experiencia pasada, por amarga que haya sido, se vuelve una carga excesiva y puede finalmente afectar a nuestra salud. Llegamos a ser esclavos de nuestros sentimientos.

Leí recientemente este relato de Elena White: «Muchos, al recorrer el camino de la vida, se espacian en sus propios errores, fracasos y desengaños, y sus corazones se llenan de dolor y desaliento. Mientras estaba yo en Europa, una hermana que había estado asumiendo esa actitud y que se hallaba profundamente acongojada, me escribió para pedirme algunos consejos que la animaran. A la noche siguiente soñé que me encontraba yo en un jardín y que alguien, al parecer el dueño del jardín, me conducía por sus senderos. Yo estaba recogiendo flores y gozando de su fragancia, cuando esa hermana, que había estado caminando a mi lado, me señaló algunos feos zarzales que le estorbaban el paso. Allí estaba ella, afligida y llena de pesar. No iba por la senda, siguiendo al guía, sino que andaba entre espinas y abrojos. “¡Oh! —se lamentaba— ¿no es una lástima que las espinas hayan echado a perder este hermoso jardín?”. Entonces el que nos guiaba dijo: “No hagan caso de las espinas, porque no harán más que causarles molestias. Junten las rosas, los lirios y los claveles”.

»¿No has experimentado algunos momentos de dicha? [...] Cuando recorres los capítulos pasados de tu vida, ¿no encuentras ninguna página agradable? ¿No son las promesas de Dios fragantes flores a cada lado del camino que recorres? ¿No vas a permitir que su belleza y dulzura llenen tu corazón de gozo? [...]

»No es sensato reunir todos los recuerdos desagradables de la vida pasada, las injusticias y los desengaños, para hablar de ellos y andar lamentándonos hasta quedar abrumados por el desaliento. Así uno se llena de tinieblas, desecha de su alma la luz divina y proyecta sombra en el camino de los demás» (*El camino a Cristo*, APIA, 2005, pp. 174-175).

Decidí dejar de lado mis espinas y recoger las rosas. ¡Cuando Cristo entró en mi vida, descubrí quién era yo en él! Antaño había sido una niñita flaca que creía que no servía para nada; pero me convertí en una hija de Dios, una princesa real del Rey de reyes (ver 1 Ped. 2: 9). Ya no era huérfana, pues él llegó a ser mi Padre (ver Sal. 27: 10; Juan 16: 27). ¡Ya no me siento rechazada y sin amigos, pues mi Padre en los cielos me llama su amiga! (Juan 15: 15). Sé que tengo gran valor, ya que él dio su vida por mí (Juan 3: 16). ¡Qué gran motivo de gozo!

FORMATO SUGERIDO PARA EL TIEMPO DE ORACIÓN

Alabanza

- Te alabamos porque nos has llamado amigos (ver Juan 15: 15).
- Te alabamos por escogerlos para que seamos tus hijos.

Confesión y reclamación de la victoria sobre el pecado

- Señor, reclamamos tu victoria sobre el pecado en nuestras vidas.
- Perdónanos por elegir explayarnos en las «espinas» del pasado y permitir que estas experiencias nos desalienten.

Súplica e intercesión

- Te pedimos tu gracia para perdonar a quienes nos han hecho mal. Señor, por favor, proporciona sanidad y restauración a las familias.
- Señor, que cada uno de nosotros sea amigo de los que no tienen amigos, reflejando el amor de Dios por quienes están necesitados de afecto.
- Oramos por **los cinco nombres de nuestras listas**. Por favor, muestra a cada persona cuánto la ama Jesús.

Acción de gracias

- Gracias, Señor, porque nos puedes llenar de gozo y de paz.
- Gracias, porque ya estás trabajando en los corazones de las personas por las que oramos.

